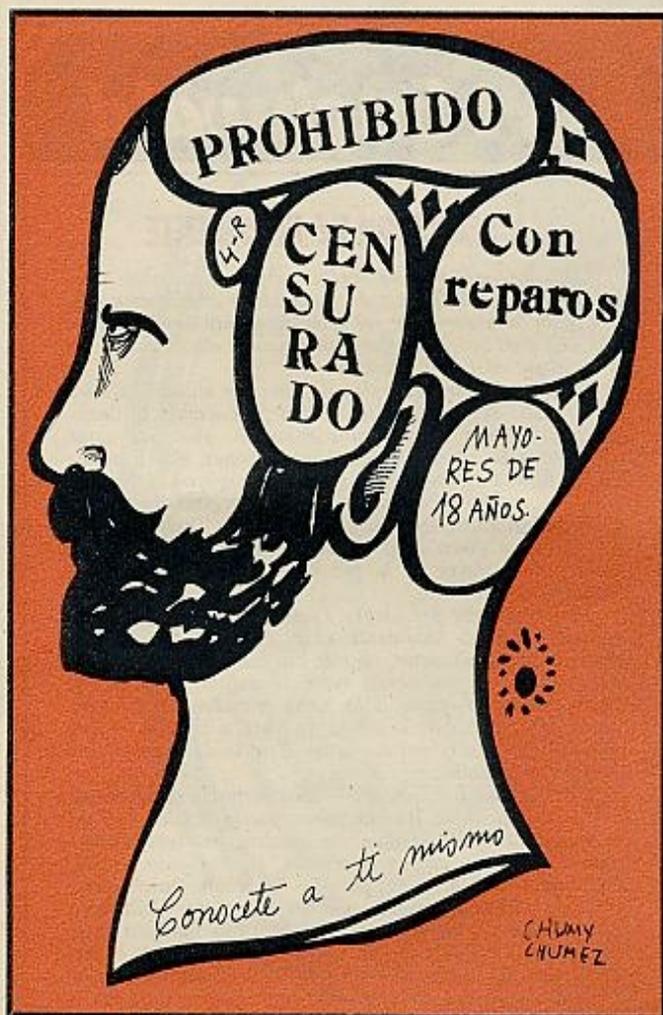


EN PUNTO



"GOD SAVE THE QUEEN"

Estampas y dialéctica



Hace treinta y dos años, en la época de las grandes gestas militares filmadas, cuando los héroes aún no estaban cansados y se llamaban, de preferencia, Errol Flynn, se filmó, con él como protagonista y la inevitable Olivia de

Havilland como su pareja, «La carga de la brigada ligera». Era, naturalmente, un film a la mayor gloria del ejército británico y del Imperio. Una epopeya trágica. Desde entonces han ocurrido muchas cosas, entre ellas la des-

membración de ese Imperio. Y el cine también ha cambiado, aunque no en la medida en que lo ha hecho el mundo. Tony Richardson se ha inspirado en el mismo tema que sirvió de base al viejo film y ha hecho una película, «La última carga» en nuestro país; «The charge of the light brigade» en su versión original, que es el reverso de la medalla de aquél. «Honor, amor, gloria y lucha de unos hombres que honraron, amaron, dieron gloria y fueron derrotados como héroes», dice la publicidad, que una vez más presenta un film como exactamente lo contrario de lo que es. Porque si algo no es «La última carga» es un canto al heroísmo. Se trata, más bien, de un análisis, quizá no en profundidad pero sí en términos de clase, de cómo la decadencia de una sociedad —la inglesa de la época victoriana— lleva necesariamente aparejada la podredumbre de sus instituciones sustentadoras, ante o frente a las cuales de nada valen actitudes románticas como la del capitán Nolan, único personaje «limpio» del film, cuya muerte en el campo de batalla no sólo no servirá de nada, sino que incluso será despojada de toda posible aureola por los mismos que, en su criminal irresponsabilidad, le han conducido a ella. Film distanciador —la acción se interrumpe en varias ocasiones para dar paso a unos intermedios que, en dibujos animados, realizados con la técnica de las ilustraciones del viejo «Punch», ponen en solfa la versión oficial de los hechos y la estructura toda de la sociedad victoriana— es fácil imaginar el poder corrosivo que

puede tener para los espectadores a los que, en primer lugar, está destinado: los británicos. Jugando con unos hechos y unos conceptos que están en la mente de todos los ingleses, a través de una estética abiertamente «camp» —algún día habrá que estudiar seriamente el fabuloso «mal gusto» de Richardson y su valor revulsivo—, el realizador presenta una serie de estampas aparentemente inconexas pero ligadas por una consistente dialéctica interna. Las imágenes, apacibles al principio, tórricas al final, filmadas por David Watkin —«Marat-Sade»—, adquieren su verdadero sentido al complementarse con los dibujos a que se hace referencia más arriba. El valor gráfico del film es, en este caso, tan considerable como el cinematográfico, siempre a condición de que el grafismo no se considere como algo privado de otra significación que la meramente decorativa. Realizado con gran despliegue de medios, lanzado equivocadamente, el film corre el riesgo de pasar desapercibido, de no llegar —o llegar por caminos «desviados» al espectador, que, deslumbrado por el espectáculo, se quede sin dar el paso que le conduciría al meollo que subyace a aquél. Lo que no quiere decir, en cualquier caso, que el «espectáculo» sirva, en esta ocasión, puramente para «hacer pasar» una tesis, que «La última carga» sea un film puramente «utilitario». Por el contrario, el film no sería nada sin el inteligente tratamiento que le ha dado su autor, sin ese juego con una apariencia externa de evocación nostálgica que le da su verdadera «carga». La última. ■ C. S. F.

LEÓN FELIPE:

una muerte en el exilio

Una embolia ha acabado con sus ochenta y cuatro años de intensa biografía. Felipe Camino de la Rosa y Galicia ha muerto en la capital mejicana donde vivía desde poco antes de finalizar nuestra guerra civil. Nacido en el pueblo zamorano de Tábara, León Felipe vivió sus primeros años en Salamanca y Santander. Al concluir los estudios secundarios en la capital cántabra, inicia la carrera de Farmacia en Valladolid. Unos años más tarde se licenciaba en Madrid donde, además de conseguir su título universitario tuvo la oportunidad de frecuentar las tertulias literarias de la época. Resuelto a no ejercer de farmacéutico, León Felipe se enrola en una compañía teatral con la que recorre España e Hispanoamérica. A su regreso, abre una farmacia en Almonacid de Zorita y, más tarde, en Santander. A los treinta y seis años —en 1920— apareció su primer libro de poemas —«Versos y oraciones de caminante»— escrito en un lenguaje sencillo que contrasta con todos los «ismos» al uso. Es el comienzo de una constante poética que no abandonará a lo largo de su dilatada actividad creadora. Poco después de la publicación de su primer libro, León Felipe abandona definitivamente su «botica» y, en Madrid, vuelve a frecuentar las tertulias literarias y artísticas. Pero no por mucho tiempo, ya que su espíritu andariego le condujo a Guinea, donde perma-

neó durante tres años por cuya labor en algunos hospitales recibió —según cuenta Luis Rius, autor de una excelente biografía— «la medalla del Muni». En Méjico contrae matrimonio. En Estados Unidos da cursos de castellano en las universidades de Cornell y de Columbia. Regresa a España en los años de la República, donde publica su primera Antología. Poco antes se había reeditado en Nueva York su primer libro. Asiste en Madrid a la experiencia republicana y algunos meses antes de acabar la guerra se traslada definitivamente a Méjico. A partir de entonces —sin abandonar su línea expresiva— su temática se vuelve más aristada. A su «Antología rota», publicada en 1948 en Buenos Aires, siguen «El hacha», «Español del exodo y del llanto», «Ganarás la luz...», en los que verso deja trascender un espíritu repleto de humanidad y de compromiso no alineado. La personalidad de León Felipe marca —en la contemporánea historia de nuestras letras— un camino independiente en la expresividad, una línea que supo sortear la influencia modernista y lograr formas expresivas desacostumbradas hasta entonces. Ahora, a los ochenta y cuatro años, una embolia ha acabado con su vida y con su obra. A la otra orilla del Atlántico, León Felipe concluyó su largo —y, en ocasiones, doloroso— peregrinaje.

COLABORAN: Juan Aldebarán, César Alonso de los Ríos, Art Buchwald, Chumy Chuméz, J. García de Dueñas, Eduardo G. Rico, Eduardo Haro Tecglen, Antonio Javaloyes, R. López Goicoechea, A. López Muñoz, Víctor Márquez Reviriego, César Santos Fontenla. FOTOS: Europa Press, Cifra y Archivo.